



RESEÑA

JOSÉ MIGUEL DÍAZ

PÚBLICO Y PRIVADO

DE JUAN PEDRO CASTAÑEDA



Juan Pedro Castañeda, *Público y privado (tomo I). El Amigo de Galdós*. Ediciones Idea. Colección Narrativas, 2008.

La concepción dialéctica del mundo ha pasado de moda. Referirse, por ejemplo, a la tensión entre lo particular y lo general en una novela es una confesión de pereza intelectual, como la que hacían sin quererlo aquellos profesores, que todos hemos tenido, que aireaban cada año en clase sus amarillentas hojas, llenas de no menos amarillentas ideas. De modo que no podemos usar esas categorías dialécticas. Y es una pena, porque se puede constatar que, de un lado, *Público y privado* se sitúa en un universo familiar, lleno de detalles compartidos con el mundo a nuestro alrededor, ese mundo del que este mismo acto forma parte. Pero de otro lado, no es una crónica: su concepción apunta mucho más allá, como veremos. Así que, aunque es tentador preguntarse durante su lectura por los detalles de ese solapamiento, por los referentes de tal o cual personaje o acontecimiento, en ello no se agota, ni mucho menos, su interés. Veamos qué razones habría para afirmar esto.

En *El arco y la lira*, Octavio Paz expone lo siguiente:

“El lenguaje, por propia inclinación, tiende a ser ritmo. Como si obedeciesen a una misteriosa ley de gravedad, las palabras vuelven a la poesía espontáneamente. En el fondo de toda prosa circula, más o menos adelgazada por las exigencias del discurso, la invisible corriente rítmica. Y el pensamiento, en la medida en que es lenguaje, sufre la misma fascinación. Dejar al pensamiento en libertad, divagar, es regresar al ritmo; las razones se transforman en correspondencias, los silogismos en analogías y la marcha intelectual en fluir de imágenes. Pero el prosista busca la coherencia y la claridad conceptual. Por eso se resiste a la corriente rítmica que, fatalmente, tiende a manifestarse en imágenes y no en conceptos.”

El arco y la lira, Tercera edición, FCE, 2004, p. 68

Pues bien, sostendré que ese resistirse “a la corriente rítmica” no es la única posibilidad con la que cuenta el autor de una novela. Una lectura atenta de *Público y privado* pone de manifiesto cómo esa búsqueda de “la coherencia y claridad conceptual” también puede basarse en una explotación inteligente de los recursos rítmicos del lenguaje, entendidos de una manera amplia. Veamos a qué me refiero. Abramos la Primera parte de la novela por la página 82 y leamos:

“Cualquier interesado podía constatar que Herminio poseía un cuerpo no muy elegante ni demasiado airoso, a consecuencia de lo cual no podía dedicarse al teatro, al deporte ni a la alta costura, aunque luciera americanas de marca. Cualquiera hubiese podido constatar que poseía un espíritu vivo pero algo tortuoso y poco cultivado, y, para mayor desgracia, poco profundo, de lo que se deduce que no podía dedicarse a la filosofía. Se puede asegurar que no había leído a Homero pero poseía el tesón de los héroes. Se puede asegurar que no había estudiado a Hegel pero es posible que estuviera dotado de cierta intuición animal. En consecuencia, lo suyo era la política.”

Las reiteraciones y el juego con las longitudes de las frases, su previsibilidad, alta pero no total, todo ello crea una estructura rítmica muy marcada. A mi parecer, como consecuencia de esto se facilita, entre otras cosas, que quien lea la novela adopte un punto de vista próximo al del narrador. Quiero decir que muchos lectores responderán, de una manera sutil pero eficaz, a esa familiaridad así creada, a ese tener algo compartido con la voz de la novela.

Por otro lado, en muchos puntos de la obra se observa el partido que se obtiene de lo que (no sé si con mucho rigor) vamos a llamar juegos de palabras. Veamos algunos ejemplos, aunque sean descontextualizados:

1. “A pesar de tenerlo todo podría tener más” (I, p. 87)
2. “No podía consentir que en el Partido entrara alguien para dinamitarlo. Si entrara para dinamizarlo...” (I, p. 108)

3. “De esa época se le conoce una amistad, una veleidad y una debilidad.” (I, p. 110)

En estos, como en muchos otros casos, es notorio el peso de ese elemento musical o rítmico al que me refería más atrás. El narrador sigue lanzándonos sus redes. Por último, hay un tercer elemento en la técnica de Juan Pedro Castañeda que, si bien apunta en una dirección distinta, contribuye a intensificar este efecto al que me estoy refiriendo. Este tercer recurso es el empleo frecuente de las formas verbales impersonales: “Se sabe que cuando una persona se traslada a un nuevo espacio...” (I, p. 118).

Pues bien, la confluencia de estos tres aspectos, su juego de protagonismos y ocultamientos a lo largo de la novela, acaba dibujando una retícula sobre la cual (o tal vez habría mejor que decir contra la cual) la conducta de los personajes cobra una nitidez extraordinaria. Imperceptible pero contundentemente, se configura un damero que perfila los movimientos de cada uno, sus idas y venidas. Pero no en el sentido de sus desplazamientos físicos, sino en el plano de sus afanes y sus querer, de sus móviles y sus olvidos. Vemos a los personajes y creemos entenderlos, en parte al menos, merced a recursos como éstos, de manera similar a como un fisiológico revela la estructura de un tejido gracias a los reactivos que emplea.

Por supuesto que no sólo debido a estos tres recursos. Tendríamos que mencionar otros. Referirnos a la variedad de registros propios de determinadas profesiones o actividades. Así, a lo largo de la novela nos sumergimos en el discurso de un enólogo, más vaporoso, al parecer, que el mismo alcohol; en el de una confusa estudiante de filología; en el de un periodista deportivo o en el de un profesor de literatura. Tendríamos también, por supuesto, que detenernos en el juego, tan galdosiano, de hacer entrar y salir de la vista del lector a los personajes tras largos intervalos, de retomarlos cinco o diez años después de la primera vez, de obtener en definitiva el máximo partido a las elipsis temporales. Véase a este respecto el primer capítulo de la segunda parte. Y digo *véase* porque esas 13 páginas más que leerse, se ven, tal es la agilidad con la que está organizado, la inteligencia con la que se presentan los pequeños y grandes movimientos de los personajes, sus gestos, de manera que el narrador, a fuerza de estar en todos sitios no está en ninguno.

Pero analizar con detalle estos aspectos de la obra, además de exigir conocimientos de los que carezco, podría generar expectativas inexactas. No espere quien lea *Público y privado* encontrar un alarde de técnica literaria desnuda. Todo lo contrario: en la novela los procedimientos narrativos están perfectamente equilibrados con el (adivinado) propósito comunicativo del autor. Por enlazarlo con lo

que decíamos antes del damero, sería este el momento de preguntarse a qué están jugando los que habitan estas páginas, o mejor dicho, por qué nos puede interesar su juego a nosotros, lectores. Parte de la respuesta, curiosamente, la encontramos en el propio texto:

“Algunas novelas transmiten a los hombres futuros un rastro de lo que ahora es, de lo que ya no es cuando ha pasado el tiempo en el que se escribe o se piensa.” (I, p. 141).

¿Cómo se manejan los resortes del *poder* y la *ambición* en nuestra sociedad? ¿Qué vínculos crean a su alrededor los que controlan esos resortes? ¿Para qué? Y lo que es más importante, ¿Cómo nos hemos organizado en el tantas veces tortuoso proceso de toma de decisiones colectivas? Si una buena novela nos revela cómo fue una época en estos u otros aspectos, si alcanza algún grado de perdurabilidad, ello tendrá mucho que ver con la capacidad de su autor para sintonizar con los estratos más significativos de ese mundo reflejado en la narración.

El caso es que si tenemos curiosidad por estos asuntos, en estas páginas encontraremos una inmejorable vía para saciarla. Lo conseguiremos de esa manera tan propia –exclusiva habría que decir– de la gran literatura, que querámoslo o no, con nuestro consentimiento o sin él, acaba convenciéndonos de la corrección de una flagrante paradoja, según la cual cada personaje ha elegido libremente hacer aquello a lo que, en sus circunstancias, estaba obligado. No es cuestión, como se puede pensar, de que la novela despierte nuestra simpatía hacia ellos, ni de que nos transmita cierta cantidad de información. Es algo mucho más sutil y poderoso. Es la asombrosa capacidad de mostrar el carácter paradójico de nuestra conducta, simultáneamente libre y condicionada, sin que la capacidad crítica del lector manifieste extrañeza ni se ponga en guardia. Un aspecto especialmente útil desde el punto de vista epistemológico de la famosa suspensión de la incredulidad.

Sólo quiero añadir, para terminar, una propuesta. Repártase un ejemplar de *Público y privado* en las tomas de posesión de nuestros cargos públicos. Poco dinero habrá mejor empleado.